

LAURA MARTÍNEZ DOMÍNGUEZ

Dueñas de sus libros: lectoras en la Nueva España

Hace más de tres siglos, en la Nueva España del XVIII, una biblioteca particular podía reducirse a un solo ejemplar o bien reunir decenas de libros de distintos tamaños que cabían en un baúl o en un estante. Entre ropa, alhajas, costuras, estampas religiosas y otros objetos de uso diario y doméstico, algunas mujeres guardaban sus obras impresas.¹ La imagen tradicional que tenemos de la lectora novohispana suele situarla en el convento; sin embargo, fuera de los muros claustrales, también hubo mujeres que hicieron suya la cultura impresa en múltiples frentes: como escritoras,

1 Laura Guinot Ferri, “La biblioteca de la Marquesa de Dos Aguas: espacio de lectura y transmisión de los libros”, *Los entramados políticos y sociales en la España moderna*, Universidad del País Vasco, Fundación Española de Historia Moderna, Vitoria-Gasteiz, Madrid, 2023, pp. 2501-2513.



José Joaquín Magón,
El Mestizo, ca. 1770. Museo
de Historia Mexicana,
Monterrey ©.

impresoras, grabadoras, vendedoras, escuchas y, por supuesto, como lectoras.

A grandes rasgos, se ha pensado que estas lectoras laicas fueron casos raros y excepcionales; no obstante, contamos con numerosas evidencias, como los inventarios de sus bienes, dotes matrimoniales y huellas de propiedad en libros conservados de la época, que dan cuenta de la existencia de mujeres dueñas de bibliotecas particulares. Estas colecciones, desde luego, no reflejan la totalidad de lo que leyeron en su vida, pues una biblioteca, tal como sucede ahora, no revela todas las obras que se han poseído, leído o escuchado, ni las perdidas ni las que se desecharon por su uso continuo. Pese a ello, un testimonio, como lo es un inventario de bienes, constituye una muestra fija, una imagen congelada, de los gustos, intereses y necesidades de una mujer de aquella época.

De acuerdo con las investigaciones sobre el tema, las dueñas de estas bibliotecas provenían, en su mayoría, de clases sociales acomodadas; solían ser miembros de la nobleza, esposas de funcionarios reales, hijas de mercaderes prósperos, viudas propietarias de diferentes

negocios y haciendas; algunas de ellas eran comerciantes muy modestas que lograron reunir unos cuantos volúmenes. Por lo general, estas lectoras residían en la Ciudad de México, pero también radicaban en otras ciudades y pueblos muy alejados del corazón administrativo y comercial de la Nueva España. Con esto, podemos decir que, aunque una parte sustancial de las lectoras pertenecía a la incipiente burguesía asentada en la capital novohispana, es necesario tener en mente que había bibliotecas femeninas repartidas en diversas regiones y estaban en manos de un amplio espectro social.²

Para estas mujeres, el tener libros propios tuvo diferentes motivaciones y usos. Sin embargo, no es exagerado apuntar que muchos de ellos estuvieron anclados en los valores y las costumbres de una sociedad profundamente religiosa. De este modo, la posesión libresco femenina estuvo marcada por lo que se esperaba de la instrucción cristiana dirigida

2 Cristina Gómez Álvarez, *La circulación de las ideas. Bibliotecas particulares en una época revolucionaria: Nueva España, 1750-1819*, Trama Editorial-Universidad Nacional Autónoma de México, Madrid, 2019.

Las lectoras novohispanas se hicieron de sus libros a través de diferentes manos, métodos y vías. Es posible suponer que podían conseguir sus obras en algunas de las numerosas librerías establecidas, en cajones que se abrían en los portales y en los puestos móviles de los mercados; es decir, hablamos de varios puntos de venta repartidos en las calles de lo que hoy es el Centro Histórico de la Ciudad de México.

preceptores o algún varón encargado de dirigir las lecturas de las mujeres a su cargo. En cualquiera de estas formas, se evidencian los fuertes nexos entre las mujeres y la cultura impresa.



Thomas Kempis,
*De la imitación de
Cristo*, Imprenta de
Juan de Villaquiran,
Toledo, 1523.
Bridwell Library ©.

Un asunto que no podemos dejar de mencionar es el tema de los libros prohibidos. Con toda seguridad, algunos de esos “malos libros” (*El triunfo de la inocencia oprimida* de Paul Jérémie y *El amigo de las mujeres* de Pierre-Joseph Boudier de Villemert) llegaron a manos de estas lectoras; sin embargo, por la censura que recaía sobre éstos, sus pistas son muy difíciles de rastrear debido a que, por ejemplo, los encargados de levantar los inventarios de bienes por fallecimiento se aseguraron de cuidar la memoria de su dueña y no registraron obras que pudieran ensuciar su reputación.

Una vez que ellas reunieron sus libros, nos toca a nosotros ahora conocer

más a detalle la composición de sus bibliotecas. Por lo general, la mayoría de estos conjuntos tenían apenas uno o unos cuantos volúmenes, probablemente descuadernados por el desgaste de un uso cotidiano e intensivo; un ejemplo de este tipo de bibliotecas es el de María Ignacia Mascareñas, que tenía ocho libros de varios santos. En otros casos, en cambio, vemos colecciones que acumulaban decenas de títulos dispuestos en amplios estantes, mesas y baúles, mismos que se hallaban en una recámara o alguna estancia parecida a una sala o un despacho, como la gran biblioteca de la mariscal Juana de Luna y Arellano, que tuvo 197 libros ordenados en tres estantes.

Lo anterior podría darnos, además, una idea sobre las prácticas de lectura, si ésta sucedía en silencio, de forma piadosa en la esquina más oculta de una habitación; o, por el contrario, si tenía lugar en voz alta, de manera grupal a la hora de bordar. El tamaño de las obras también variaba, casi siempre, según el tema del que trataban. Así encontramos algunas de historia, como la *Historia de la conquista de la China por el tártaro* de Juan de Palafox y Mendoza, impresa en un gran formato *in folio*, que se hallaba entre las obras de María Ignacia de Azlor; asimismo son frecuentes las hagiografías y vidas de personas ejemplares impresos en 4º, además de una espesa “selva de libritos”⁴ en 8º y 16º que, por lo regu-

4 Teófanés Egidio, “Obras y obritas de devoción”, Víctor Infantes, François López y Jean-François Botrel (eds.), *Historia de la edición y de la lectura en España, 1472-1914*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 2003, p. 419.



Benedictus van Haeften, *Camino real de la cruz*, Imprenta de Blas Roman, Madrid, 1785. Museo Nacional del Prado ©.

lar, se trataba de devocionarios como los novenarios, rezos, ejercicios espirituales, entre muchos otros.

Tal como era de esperarse, la inmensa mayoría de las lecturas femeninas estaban orientadas a la formación espiritual y devocional. Por mucho, uno de los libros más frecuentes en sus bibliotecas era *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis, publicado en un formato pequeño y portable que podía acompañar a su lectora a lo largo de la jornada. Para las horas de ocio, en cambio, encontramos la constante presencia de títulos como *El Quijote* de Cervantes o las *Obras* de sor Juana Inés de la Cruz, junto con otros impresos de poesías y comedias. También eran habituales los textos para perfeccionar el arte epistolar (*Nuevo estilo y formulario de escribir cartas*) y los diccionarios (*El gran diccionario histórico* de Louis Moreri), de gran utilidad para aquellas mujeres que tenían la ne-

cesidad o la inquietud de pulir su pluma.

Con menor frecuencia aparecen tratados de divulgación médica que ofrecían conocimientos elementales para atender malestares comunes y acompañar a un enfermo (*Florilegio medicinal* de Juan Esteyneffer), tarea estrechamente ligada a la instrucción femenina. Otro rasgo sobresaliente de estas bibliotecas es la preponderancia de títulos en castellano; el latín y el francés se encontraban rara vez, aunque, eso sí, abundaban las traducciones (*Camino real de la cruz* de Benedictus van Haeften, traducido por fray Martín de Herze, y *Combate espiritual* de Lorenzo Scupoli, traducido por Damián González del Cueto). En conjunto, estas colecciones revelan un universo de lecturas en el que la devoción convivía con la recreación, la instrucción práctica y la necesidad de cultivar la palabra escrita.

Hoy, al rastrear los nombres de las lectoras y sus volúmenes, contamos con evidencias palpables para afirmar que las mujeres formaron parte activa de la cultura impresa de la Nueva España durante el siglo XVIII. Si bien el predominio de las obras devotas y piadosas responde a la lógica de una sociedad cristiana, sus bibliotecas también muestran iniciativa: allí encontraron recursos para practicar su fe, sostener su hogar, administrar negocios y cultivar espacios de ocio. Es decir, para apropiarse de sus libros y darles un sentido personal. **RM**

Este trabajo es producto de la investigación posdoctoral: "Leídas e instruidas. Impresos para la formación de mujeres en las bibliotecas femeninas novohispanas del siglo XVIII", que la autora desarrolla dentro del proyecto Conacyt 2023 (1) "Estancias Posdoctorales por México-Iniciales", en el IIB de la UNAM.

LIBROS DE ANNA MARÍA DE GURAYA

- ♣ Jaime Barón y Arín, *Luz de la fe y de la ley*.
- ♣ José Bellido, *Vida de la V. M. R. M. María Anna Agueda de S. Ignacio*.
- ♣ José Cassani, *Vida, virtudes y milagros de San Luis Gonzaga*.
- ♣ Antonio del O. F. M. Castillo, *El devoto peregrino, viaje de tierra santa*.
- ♣ Carlo Ambrogio Cattaneo, *Máximas eternas, propuestas en lecciones, para quien se retira a los Ejercicios espirituales de San Ignacio*, P. Pedro Lozano (trad.).
- ♣ Jean Croisset, *Año cristiano o ejercicios devotos para todos los domingos, días de cuaresma y fiestas móviles del año*.
- ♣ ———, *La devoción al sagrado corazón de Jesús*, R. P. Pedro de Peñalosa (trad.).
- ♣ Esteban Dolz del Castellar, *Año virgíneo*.
- ♣ Juan José de Eguiara y Eguren, *Vida del venerable padre don Pedro de Arellano y Sossa*.
- ♣ Francisco de Florencia, *Zodiaco mariano*.
- ♣ Benedictus van O. S. B. Haeften, *Camino real de la cruz*, M. R. P. Mro. Fray Martin de Herza (trad.).
- ♣ Thomas Kempis, *De la imitación de Cristo y menosprecio del mundo*.
- ♣ Juan Martínez de la Parra, *Luz de verdades católicas y explicaciones de la doctrina cristiana*.
- ♣ Francisco Martínez Montiño, *Arte de cocina, pastelería, bizcochería y conservería*.
- ♣ Antonio de Molina, *Ejercicios espirituales de las excelencias, provecho y necesidad de la oración mental*.
- ♣ Juan Eusebio Nieremberg, *Del aprecio y estima de la divina gracia*.
- ♣ ———, *Práctica del catecismo romano y doctrina cristiana*.
- ♣ José Joaquín Ortega y San Antonio, *Mes mariano o lección mensual*.
- ♣ Luis de la Palma, *Historia de la sagrada pasión*.
- ♣ Luis del Puente, *Meditaciones espirituales*.
- ♣ Domingo de Quiroga, *Compendio breve de la vida y virtudes de la venerable Francisca de San Joseph del Tercer Orden de Santo Domingo*.
- ♣ Jean van Ruysbroeck, *La suma de la vida espiritual del espejo de la eterna salud*, Blas Lopez (trad.).
- ♣ Andrés Antonio Sánchez de Villamayor, *Exclamación a los heroicos hechos del eremita del ayre, ave celeste, maravilloso príncipe de los estilistas, san Simeón*.
- ♣ Pedro Santa María y Ulloa, *Reloj perfecto*.
- ♣ João José de Santa Teresa, *Finezas de Jesús sacramentado para con los hombres e ingratitudes de los hombres para con Jesús Sacramentado*, D. Iñigo Rosende (trad.).
- ♣ Pedro de Santa Teresa, *El íntimo amigo del hombre: la prudencia*.
- ♣ *Semana Santa Cristiana*, Dr. D. Joaquín Castellet (trad.).
- ♣ Paolo Segneri, *Maná del alma o ejercicio fácil y provechoso para quien desea darse de algún modo a la oración*, Dr. Francisco de Rofran (trad.).
- ♣ José Martín de la Sierra, *Mapa de arcanos y verdades de nuestra católica religión*.
- ♣ Sor María de Jesús de Ágreda, *Mística ciudad de Dios, milagro de su omnipotencia y abismo de la gracia*.
- ♣ Fray Manuel de Vargas, *Ejercicios para los desagrazos de Cristo Señor Nuestro*.

Libros de Ana María de Guraya (?-1787), viuda de Nicolás Miguel de Garro, quien tenía ganado y ranchos en lo que hoy es Pachuca; para su dote ella aportó una mina en la misma región. Cuando era niña, recibió educación en casa por instrucción de su padre. Este inventario se encuentra en AGN/Civil legajos, vol. 43, exp. 27.